

EL CRIMEN DE AMOR

Por Ignacia Micaló

Y O nací con instintos sanginarios. Tenía cinco años cuando clavé un cuchillo en el vientre del perro de mi casa y arrojé a la pileta de lavar al gato, introducido en una bolsa para que no pudiera escapar, sin otro móvil más que el instinto del crimen. Tenía cinco años y ya antes habían sido muchas las víctimas de mi sed criminal; sapos, pájaros, mariposas y cuantos seres indefensos caían en mis manos, eran descuartizados, quemados vivos, pinchados con un hierro candente; y sus muecas horribles y sus gritos de dolor producían en mí un trágico placer.

U N día llegó al pueblo una niña de la capital. Era de familia de uno de nuestros vecinos. Su cutis terso y blanquísimo, sus rizos dorados y sus elegantes vestiditos vaporosos la hacían encantadora. Yo tenía quince años. Ella tendría doce y se llamaba Elvira.

En cierta ocasión Elvira jugaba con sus primitos; sentí un deseo irresistible de tomar parte en el juego; ella me recibió con una contenida expresión de repugnancia; como yo insistiera con atrevimiento, me contestó, alejándose:

—¡Malo! ¡No quiero jugar contigo porque matas pájaros y gatitos!

En aquel momento se agitaron en mí impulsos de fiera. Mi amor propio herido, al verme despreciado por aquella criatura a la cual, a mi modo, adoraba, enturbió mi cerebro con siniestros proyectos de maldad.

MUCHAS noches de espionaje y muchos días de seguir-la a distancia me costó, pero al fin conseguí encontrarla sola, sola en el camino, bajo los abrasadores rayos del sol.

Una expresión de indescriptible terror se manifestó en sus hermosos ojazos oscuros, y se puso pálida... Me arrojé sobre ella, sofocándola entre mis brazos hercúleos y oprimiendo su boca en un beso que parecía un silbido de serpiente... Fuerzas extraordinarias se despertaron en mi víctima; nunca hubiera podido imaginar que aquella criatura pequeña y delicada fuera capaz de vencerme a puñetazos, empujones y puntapiés... Una ola inmensa de ferocidad agitó mis nervios... y mis manos se crisparon en su garganta mientras mis dientes castañeteaban... y seguía apretando su garganta, sin que me saciara la evidencia de que mi obra estaba terminada, sin que me saciara aquel rostro amoratado, aquella lengua que salía de la boca, aquellos ojos que desde otra vida pedían venganza, aquel cuerpo que ya no resistía...

HOY, que escribo estas líneas, después de mi larga permanencia en el sanatorio, he recobrado la razón. Mi tía Eugenia, mi buena tía Eugenia, que cuando pequeño me castigaba y me trataba de criminal se estremece y se santigua cada vez que recuerda aquel cuadro espantoso; y yo, que lo recuerdo con toda claridad, comprendo que aquella terrible crisis de mis nervios no fué la primera.